

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Weselina Gacinska

“La ecopoesía de Pacheco y Aridjis”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 5-9.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Los vínculos entre la naturaleza y las letras se remontan hasta las manifestaciones literarias más antiguas. Portadora de historias, mitos y diversas espiritualidades, la naturaleza ha acompañado al ser humano desde sus orígenes de maneras variopintas: como sustento, como inspiración, como modelos de

La ecopoesía de Pacheco y Aridjis

Weselina Gacinska

Como respuesta a las múltiples crisis medioambientales a las que se enfrenta la humanidad [...] surgen varias propuestas críticas –filosóficas, literarias, políticas, activistas y feministas– que buscan generar un cambio de paradigma...

cooperación y supervivencia, así como fuente de iluminación creativa.

No obstante, el paradigma occidental de la Modernidad que surge en el Renacimiento, que encuentra su punto más álgido durante la Revolución Industrial y que no dejó de intensificarse en los siglos xx y xxi, ha conducido a que el desarrollo de las civilizaciones se observe como una batalla contra la naturaleza, una constante subyugación del entorno natural y todos los seres que lo habitan. Herederas de estas ideas, las sociedades actuales, presas de la economía neoliberal, siguen viendo el entorno natural meramente como una fuente de recursos sin comprender ni buscar un vínculo más profundo y biofílico con el mundo circundante.

Como respuesta a las múltiples crisis medioambientales a las que se enfrenta la humanidad, alertadas por los climatólogos y los ecologistas desde mediados del siglo xx, surgen varias propuestas críticas –filo-

sóficas, literarias, políticas, activistas y feministas– que buscan generar un cambio de paradigma en el pensamiento, dejando atrás la lógica de dominación y expolio, resaltando los valores de cuidado, reconociendo la finitud de nuestro mundo, impulsando el diálogo intercultural y abrazando posturas como el antiespecismo o el biocentrismo.

Uno de los vehículos de esta resistencia ha sido la literatura, a pesar de que la naturaleza no siempre ha ocupado un lugar protagónico en la historia de las letras. A veces como un mero fondo estético, un espejo de las emociones, e incluso en ocasiones como un símbolo patrio, la naturaleza parecía indisoluble de las nociones culturales sin obtener un espacio principal en las reflexiones literarias.

Sin embargo, precisamente en el contexto de la Revolución Industrial, surge en el ámbito de las letras anglosajonas el género *nature writing*, volcado a la observación, a la convivencia con el entorno y a la lenti-

tud, tanto de la escritura como de la lectura. Resuenan los grandes nombres de las pioneras de la literatura de la naturaleza, como Susan Fenimore Cooper o Mary Austin, y de los precursores del género, como Henry David Thoreau, Ralph Waldo Emerson o Aldo Leopold, entre otros y otras.

En la actualidad, la “literatura”, la “ecoliteratura” o, simplemente, la “literatura de la naturaleza” es un género en alza, cuyo reflejo se halla en un número cada vez mayor de editoriales especializadas, autoras y autores que lo practican y aproximaciones académicas, así como entre un público lector cada vez más amplio.

La problemática ecológica en la literatura hispanoamericana está inevitablemente relacionada con las cuestiones económicas y sociales que, según Roberto Forns-Broggi, derivan del pasado colonial, pero ante todo del modelo económico actual, todavía sujeto a las prácticas extractivistas y neocoloniales. Señalando las características comunes de la ecopoesía latinoamericana, el crítico destaca la solidaridad con el medio: “Una lectura actual de los poemas hace que la celebración de la naturaleza se realice con proyección transversal del sujeto poético, evitando la separación ‘cultura/naturaleza’” (Forns-Broggi 1998, 214).

En México, destacan las figuras de José Emilio Pacheco y

Homero Aridjis como precursores de la ecopoesía y de la literatura crítica y comprometida con el entorno natural. Los temas como la toxicidad, el cambio climático, la deforestación, los derechos de los animales o el desarrollo desenfrenado y ecocida de la Ciudad de México pueblan las páginas de sus poemarios y sus novelas con un claro objetivo de denuncia y reflexión. A pesar de las poéticas disímiles, en ambos abundan las imágenes de la humanidad envenenada y desolada por falta de recursos, y la irresponsabilidad con la que son tratados y explotados los otros seres vivos, junto con la creación de las nuevas sensibilidades hacia lo natural.

En primer lugar, es necesario hacer hincapié en el hecho de que Aridjis es un eminente activista. Desde la fundación del Grupo de los Cien en 1985, no solamente ha participado en numerosos congresos y mítines ecologistas, sino que además ha coordinado publicaciones como *Artistas e intelectuales sobre el ecocidio urbano* (1989); ha publicado un libro dedicado únicamente a la problemática de la conservación de la naturaleza, *Noticias de la Tierra* (2012), en coautoría con Betty Farber, y se ha mostrado como asiduo colaborador de varios medios de prensa como *Reforma*, *El País* o *The New York Times* desde principios de los años noventa hasta la actualidad.

Aníbal Salazar Anglada (2018, 89) señala que la problemática ambientalista cobra relevancia en la poesía de Aridjis a partir de los años ochenta, estando los poemarios anteriores principalmente enfocados a los temas amorosos, y destaca las palabras de Aridjis pronunciadas en una entrevista: “Me acerco a la ecología como me acerco

a la poesía de la vida. La defensa de la naturaleza es la defensa de la vida” (Salazar Anglada 2018, 89). Desde *Imágenes para el fin del milenio* (1986) y, sobre todo, en *Nueva expulsión del Paraíso* (1990) se vuelven reiterativas algunas imágenes y preocupaciones típicas para el imaginario del escritor: los jardines negros, el apocalipsis ecológico, la caída y destrucción de las ciudades debido a la contaminación, el silencio de los animales provocado por su extinción, etcétera.

En cuanto a José Emilio Pacheco, la naturaleza ocupa un lugar privilegiado en su poesía, aunque desde una óptica distinta, sobre todo enfocada en los animales y, en menor medida, en los ambientes urbanos vistos desde la perspectiva ecológica.

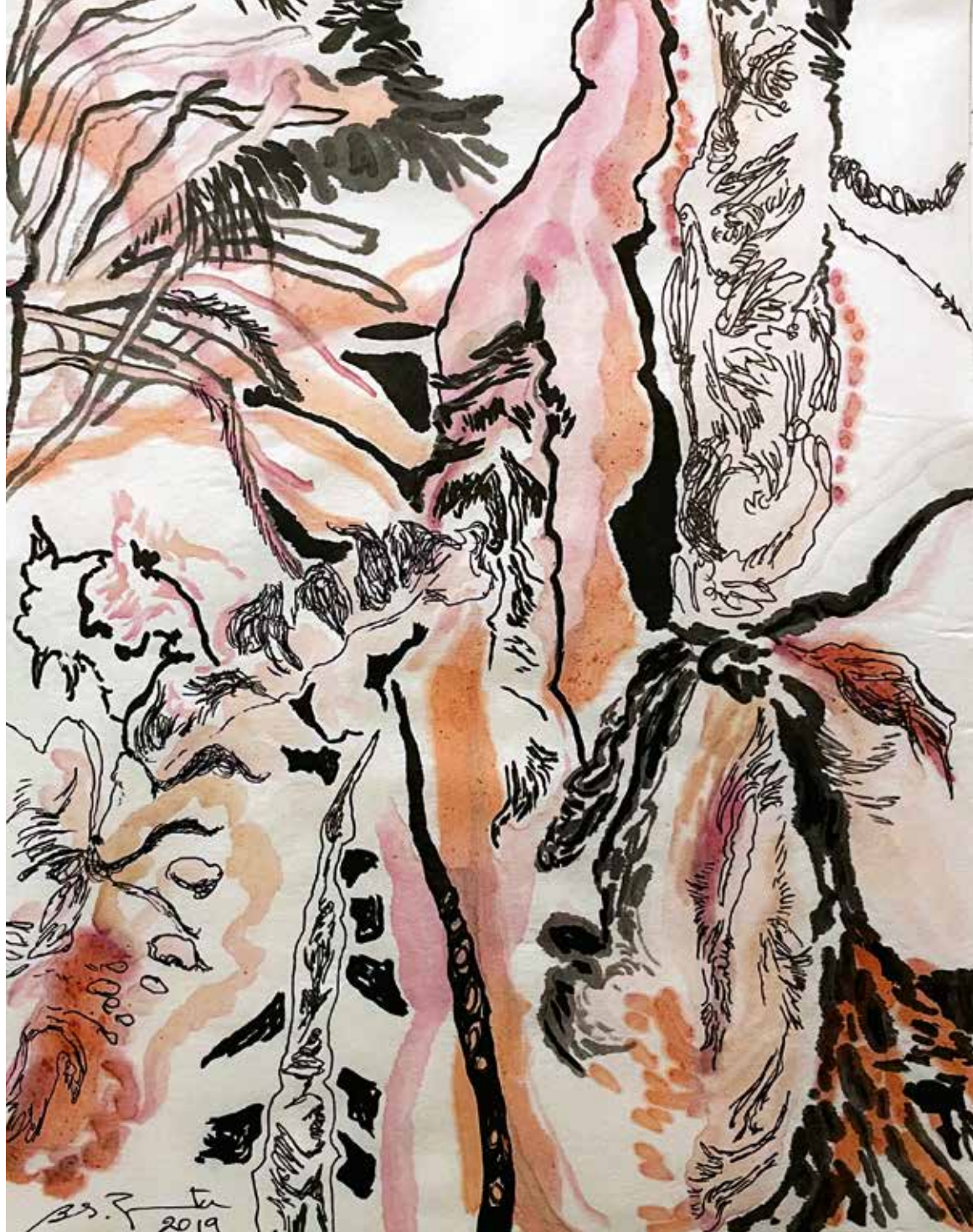
Los animales en Pacheco cobran relevancia ya desde su primer poemario, *Los elementos de la noche* (1963), aunque es en *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969), concretamente en la sección de 13 poemas “Los animales saben”, donde el autor ahonda más en las figuras animales y sus imágenes, lejanas de la idea del bestiario tradicional. Posteriormente, en poemarios como *Miro la tierra* (1986), *Un arca para el próximo milenio* (1993) o *La arena errante* (1998), el poeta invita al público lector a repensar la ética de las relaciones con nuestros “hermanos menores”, en palabras de san Francisco de Asís. Se centra sobre todo en la indagación poética en las conciencias de los animales y en los obstáculos e impedimentos para la comunicación entre las especies, así como en la gratuitidad del sufrimiento animal provocado por el ser humano mediante el maltrato, el cautiverio y la caza. Por otro lado, no se pueden desligar de su óptica

ambiental las preocupaciones por la fugacidad de la vida y por el paso del tiempo: la toxicidad que acecha a las ciudades y las alusiones apocalípticas y del fin de los tiempos.

Quizás sea este último punto el que más una a ambos poetas. La intensificación de sus preocupaciones catastróficas al borde del cambio del milenio, o incluso ya desde algunas décadas antes, coincide con una tendencia mundial en el tema de la sustentabilidad y del ecologismo. Es necesario destacar que el documento encargado por la ONU y elaborado por el Club de Roma en 1987, *El informe Brundtland*, conocido también como *Nuestro futuro común*, por primera vez expuso el término “desarrollo sustentable” y puso en cuestión los modelos económicos y de desarrollo vigentes, junto con una instigación a repensar los valores morales y éticos de la ciudadanía y de las políticas públicas y empresariales.

Herederos de una perspectiva de un apocalipsis sigiloso legado por Rachel Carson y su *Primavera silenciosa* (1962), Aridjis y Pacheco incurren en lo que algunos ecocríticos denominan la “conciencia tóxica”, que supone un “cambio desde una cultura definida por su producción hacia una cultura definida por sus desechos” (Deitering en Binns 2004, 33). Hablando de un freno solitario en el paisaje defeuño, antes fuente de belleza y de oxígeno, el poema “Paseo de la Reforma” de Pacheco declara:

Este que parecía eterno / o estable al menos / ha muerto asfixiado / y masacrado con otros mil / por el gas venenoso que echan / los autobuses / en la innoble y letal colonia / penitenciaria / que hasta hace poco llamamos / Ciudad de México (2010, 293).



Beatriz Sánchez Zurita: *Bosque México-Japón* núm. 12

La muerte del árbol que “duró más que nuestras edades y todo” entre las emisiones desmedidas de la capital, así como un sin-fín de otras plantas, solamente puede anunciar el fin próximo de una ciudad que se asfixiará a sí misma y a sus habitantes. No obstante, la noción del castigo, tan presente en el texto, no ven-

drá de la mano de una fuerza superior, sino que será la culpa de la propia humanidad que se vuelve contra sí misma.

Una idea similar se puede observar en el poema de Aridjis titulado “Descenso a la ciudad poluta”:

Antes de que desciendas a la ciudad poluta / mira el cielo

amarillo que te envuelve / como un vasto sarape desgarrado, / mira allá abajo la amiba que te espera / comiéndose a sí misma (2018, 284).

La realidad capitalina se articula en torno a la fealdad de su entorno y de su gente, carcomidos por los desechos y la contaminación.

Una aparente cotidianidad –la catedral, los niños y los perros– se consume en un ambiente irrespirable, tornando la ternura y el beso en “una boca metálica y viscosa” y donde el tiempo es “una larga procesión de coches / camino al funeral del hombre”.

Resulta inevitable una reflexión histórica para comprender el presente, y Aridjis se sirve en numerosas ocasiones del imaginario prehispánico para enfatizar la decadencia de la capital. En “Los ríos”, el poeta michoacano establece una cruel comparación entre el estado de las aguas en la antigua Tenochtitlan –“En este valle verdusco, / antes corrían ríos rutilantes, / cenizos, castaños y cárdenos”– y el actual estado de las aguas subterráneas de la ciudad. El salto que se efectúa entre la época prehispánica y la actualidad infiere un constante e imparable ecocidio desde la Colonia hasta el entubamiento de los ríos a mediados del siglo xx:

Hoy van mugiendo entubados, menguados, / pesados de aguas negras, crecidos de mierda; / ríos sin riberas, risibles, con riendas, / rabiosos, rabones, ruidosos de coches; / avanzando a tumbos por la ciudad desflorada, / desembocando en los lagos letales, / y en el marcado mar, que ya no los ama (2018, 264).

La humanidad autocondenada evocada en estos poemas –los hombres que “caminaron solitarios por el jardín negro”, según Aridjis, o el individuo que sobrevive “la ruina de mi especie”, en palabras de Pacheco– responde a un afán profético de estos desastres. No solamente como una advertencia, sino también como una constatación de la inevitabilidad del destino fa-

tal de la humanidad, numerosos poemas de Pacheco y de Aridjis resaltan la ironía de la creencia antropocéntrica. El ser humano, creyéndose la cima de la creación, se tornó en el agente de su propio apocalipsis, uno lento, cotidiano, furtivo e imparable.

Más allá de estas disquisiciones sobre el fin de la humanidad, Pacheco y Aridjis dirigen también su mirada hacia el mundo animal. En sus textos confluyen tanto elementos de la tradición literaria de los bestiaros, como de la antropología, la historia, e incluso de zoología, ya que “el animal, al que se aborda desde sus relaciones con el hombre, tiene que ver con todas las cuestiones de la historia social, económica, material, cultural, religiosa y simbólica” (Pastoureau 2019, 7).

Esta tendencia, en el caso del autor michoacano, bien se centra en la observación del animal –como en “El ojo de la ballena”–, bien tiende a la denuncia de la pérdida de la biodiversidad. El poema “Animalia” nos confronta con el silencio de las diversas especies que queda después de su muerte. Los ecosistemas, llenos de vida, sonidos y conversaciones entre los animales, se convierten en un paisaje desolador:

¿Qué dijo el venado cola blanca / antes de ser cazado entre las zarzas? / El águila real, el puma, el zopilote, / la nutria, el quetzal, el mono araña, ¿qué dijeron? / Su silencio es lo único que oímos, su silencio (2018, 268).

A su vez, Pacheco adopta un tipo de sensibilidad poética y naturalista *sui generis* para aproximarse a las subjetividades del otro animal, convirtiéndolo en el sujeto poético. La relación y la comprensión mutua entre el ser

humano y el animal se ven dificultadas por el enfrentamiento, o incluso la suspensión, de los posibles juicios de valor o morales. Los observadores habituales de la naturaleza –el ser humano– se convierten en un ente observado, juzgado y ridiculizado.

En “La mirada del otro”, un pez *voyeur*, desde los límites de su mundo acuático, desconfía de todo lo que le es ajeno y no puede evitar la sospecha acerca de nuestra infelicidad y del cautiverio dentro de nuestra propia realidad:

“¿Quiénes serán? Extraños prisioneros / de la Tierra y el aire. / Si vinieran aquí se asfixiarían. /” Los compadeczo. Pobres animales / que dan vueltas eternas al vacío (2010, 615).

Convertidos en un objeto de estudio dentro de esta peculiar inversión de sentido, según el pez que nos mira, somos merecedores de la compasión y de la crítica de nuestras prácticas habituales: “Viven para ser vistos. / Son carnada / de un poderoso anzuelo inexplicable” (2010, 616). Pacheco a menudo juega con estas trasposiciones incurriendo incluso en un tono más irónico, como en el poema “La mosca juzga a Miss Universo”:

Qué repugnantes los humanos. / Qué maldición / tener que compartir el aire nuestro con ellos. // Y lo más repulsivo es su fealdad. / Miren a esta. / La consideran hermosísima. / Para nosotras es horrible. / Sus piernas no se curvan ni se erizan de vello. / Su vientre no es inmenso ni está abomado (2010, 572).

Pacheco consigue aquí un efecto bastante cómico al burlarse de lo

que, en los estándares occidentales, se consideraría el colmo de la belleza. La contraposición de los cuerpos, así como una autoconciencia que representa el sujeto poético en forma de mosca, otorgan la libertad de poner en cuestionamiento los moldes culturales, e incluso las afinidades interespecíficas.

El papel que juegan los animales no humanos en la poesía de ambos autores es vital, ya que sus ópticas reconfiguran la manera de *usar* a los animales en la literatura. Dejan de ser meros referentes culturizados o simbólicos, para convertirse en sujetos dueños de sus acciones y pensamientos, así como reflejos de los errores antropocénicos de una humanidad de la cual, con demasiada frecuencia, son víctimas.

Tanto Homero Aridjis como José Emilio Pacheco han trazado nuevos caminos para la ecopoesía gracias a su clara vocación naturalista y ecologista. Si bien en el mundo de las letras hispánicas se puede destacar a varios autores y varias autoras contemporáneas con un afán de denuncia y de reflexión acerca del mundo natural –Gabriela Mistral, Nicanor Parra, Jorge Riechmann, Maricela Guerrero, etc.–, la riqueza de las aproximaciones y el fuerte compromiso mantenido por ambos autores les sigue posicionando como referentes básicos de la literatura de la naturaleza. Lejos de la renuncia ante la magnitud de la destrucción, han tratado de sembrar las semillas de la autocrítica, la introspección y la lucidez entre su público lector mediante discursos poéticos claros y potentes. “El hombre de nuestro tiempo se ha vuelto contra la idea del árbol”, dijo Aridjis en 1995. No obstante, aunque todavía quedan muchos enemigos de los bosques y de la fauna que los habita,



Beatriz Sánchez Zurita: Germinación en movimiento

nunca antes había existido tanta conciencia ambiental y compromiso, en parte gracias a la literatura ecológica. **LPyH**

REFERENCIAS

- Aridjis, Homero. 2018. *Antología poética (1960-2018)*. Madrid: Cátedra.
- Binns, Niall. 2004. *¿Callejón sin salida?: La crisis ecológica en la poesía hispanoamericana*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Forns-Broggi, Roberto. 1998. “¿Cuáles son los dones que la naturaleza regala a la poesía latinoamericana?” *Hispanic Journal* 19 (2): 209-238.
- Pacheco, José Emilio. 2010. *Tarde o tem-*

prano. Poemas 1958-2009. Barcelona: Tusquets.

Pastoureau, Michel. 2019. *Animales célebres. Del caballo de Troya a la oveja Dolly*. Cáceres: Periférica.

Salazar Anglada, Aníbal, introd. 2018. *En Antología poética (1960-2018)*, de Homero Aridjis, 15-117. Madrid: Cátedra.

Weselina Gacinska es doctora en Estudios Hispánicos por la Universidad Autónoma de Madrid y educadora ambiental. Profesora de literatura hispanoamericana en la Universidad del Claustro de Sor Juana y de educación ambiental en la Universidad Iberoamericana.